

¿RESTAURACION DE LA "LECTIO DIVINA"?*

Conferencia pronunciada por el P. Jean de la Croix, Abad de Landévennec, en la reunión regional del S.D.M., La Hublais, noviembre 1975¹.

Pues bien, he aceptado hablaros de la *lectio divina*.

Es un poco difícil.

—En primer lugar porque no creo que los superiores se reúnan para hacer un retiro. Nuestros encuentros de superiores no son retiros espirituales y no debo hacerlos elucubraciones espirituales sobre la *lectio divina*.

—Por otra parte, no soy un especialista, es decir alguien que pueda hablaros con gran autoridad de la *lectio divina*, tema privilegiado en la tradición espiritual monástica.

Entonces, comprended mi apuro...

En esta conferencia habrá dos partes.

I. ¿Qué es la *lectio divina* en la Tradición monástica?. En esta primera parte querría tratar de precisar un poco qué lugar se ha dado a la *lectio divina* en la oración, tal como la han vivido los Padres del monacato.

Soy bien consciente que he tomado un tema demasiado vasto... pero si puedo dar algunas ideas útiles al respecto, muy simplemente, me alegraré.

II. En la segunda parte hablaré de algunos problemas que me planteo frente a la *lectio divina*.

I

No es posible decir lo que es la lectio divina sin insertarla en un ámbito más amplio: el de la vida monástica o el de la vida contemplativa en general. No confundo estas dos realidades. Son dos cosas muy diferentes. Pero como hoy nuestra asamblea presenta diversidad, creo que para el bien y la paz, también... tal vez... de esta asamblea, pueden asimilarse los dos términos.

Conocemos las definiciones de la vida monástica y algunas son muy bellas, pero ninguna es suficiente. En todo caso no querría que se definiese al monje al

* Del *Bulletin de l'A.L.M.*, N° 37, 1984.

1. Conferencia grabada en cassette y revisada por el Padre. Se ha conservado el estilo hablado.

contemplativo por la oración. Esto me parece falso. No porque no crea en el lugar de la oración en la vida monástica, sino porque creo que no se puede definir así al monje.

La oración es una actividad muy especial, muy particular, y es necesario afirmarlo fuertemente.

Hay en la actualidad una cierta tendencia a querer que todo sea oración. Esto me parece peligroso, porque entonces no quedará nada de la oración.

Decir que cuando trabajo rezo, que cuando hablo con mis hermanos, rezo... (que cuando desciendo las escaleras de cuatro en cuatro ¡incluso entonces rezo!). No lo creo. Es menester sostener que la oración es una cierta actividad particular. Al mismo tiempo implica afirmar que en la vida del monje, de la religiosa contemplativa, hay un cierto número de actividades distintas que no son oración. Se trabaja. Y bien, cuando se trabaja, se trabaja. ¡Yo no rezo trabajando! Digo esto de un modo un poco brutal... pero vosotros comprendéis en qué sentido lo digo. Cuando como, cuando duermo, no realizo actividades de oración.

En cambio, lo que me parece muy importante, es que *toda la vida del monje esté organizada para que pueda vivir bajo la mirada de Dios, buscándolo y de una manera activa*. Esta búsqueda de Dios, esta vida bajo la mirada de Dios, engloba todas las actividades del monje, comprendiendo esa actividad particular que es la oración.

Si esa búsqueda de Dios, a veces se hace en un clima de súplica, de intercesión, desde luego que se hace en un clima de acción de gracias y de bendición. *El monje es el hombre de la alabanza*. Perdonadme si cito la Regla de san Benito. Es la que conozco mejor (aunque no pretendo decir que sea la mejor de las Reglas). “Los que habitan en la casa de Dios, en la morada de su Reino, son los que, temiendo al Señor, no se engríen por su buena observancia, antes, reconociendo que estos mismos bienes que en ellos hay no los pueden tener de sí mismos, sino que son obra de Dios, glorifica al Señor que obra en ellos, diciendo con el Profeta: “No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu Nombre da la Gloria”.

He aquí una muy bella definición del monje: “aquél que glorifica al Señor que obra en él”. No creo que este texto haya sido dado por la Tradición como definición del monje, pero me gustaría retenerlo.

Por consiguiente, *aquél que hace de toda su vida*, de su vida de trabajo, de su vida de relación fraterna, de su vida de oración comunitaria o personal, *una acción de gracias, creo que ése es el monje*.

Y pienso acá en el texto de Efesios 1,12.14'. Estamos hechos “para alabanza de su Gloria”. Esto es lo que todos estamos llamados a vivir. Pues la Gloria de Dios es la Fuente y el Término de toda su obra de misericordia y de salvación. La Gloria del Padre explica la vida de Cristo y le da sentido. La Gloria de Dios, es para san Pablo, el fin de la vida cristiana y por consiguiente de la vida contemplativa. Si os parece, ésta es mi primera afirmación.

Una nueva idea: en un contexto cristiano, que exige que el llamado de Dios sea primero —esto es importante, es específico de la religión cristiana: Dios es siempre el primero— hacer de su vida una alabanza de la Gloria de su Gracia, consiste fundamentalmente en una apertura, en una acogida de la salvación dada por Dios, y para nosotros cristianos, dada en Jesucristo en el Espíritu Santo. Lo cual quiere decir, que la vida del cristiano, la acción de gracias que la acompaña, la sostiene y la

finaliza, no puede ser más que la respuesta a un llamado, a un gesto salvífico. *La oración cristiana y la oración de acción de gracias en particular, son una respuesta.* Nosotros jamás somos los primeros delante de Dios. Pienso que no puede decirse cristiana una oración que no sea segunda en relación a un gesto de Dios. Estoy enunciando verdades banales... pero, de todos modos, creo importante recordarlas.

Al decir todo esto ¿estoy tratando realmente el tema que se me pidió? ¿No estaré haciendo digresiones? Pienso que no, puesto que *no veo el lugar de la lectio divina fuera de esa vocación fundamental que es la vocación cristiana a la alabanza de la Gloria de Dios.*

Y además, *la lectio divina es una respuesta*, o al menos sólo se la puede situar en ese acto de respuesta.

Ahora bien, responder supone en primer lugar escuchar. Es necesario escuchar, puesto que Dios es primero. Puesto que hay primero una palabra de Dios. Ya sea una palabra en el sentido preciso del término, ya sea un gesto, todo en la historia sagrada de Israel es palabra de Dios. Doy un sentido muy amplio a esta palabra.

Esa escucha domina dos cosas: la posibilidad de la lectio y el contenido de la lectio.

Para poder responder es menester que primero escuche... Todos conocemos esos diálogos de sordos, donde uno habla pero el otro responde por su lado. No ha escuchado. *La escucha es, por consiguiente, la posibilidad de una respuesta verdadera.*

Pero, la escucha igualmente formará el contenido de mi respuesta.

En el contexto cristiano, no responderé cualquier cosa. En mi acción de gracias, no puedo responder más que por la acción de gracias de Jesucristo.

Escuchar es pues el primer paso de mi lectio divina.

Escuchar es una palabra muy importante tanto en la Tradición espiritual monástica, como en la Escritura. La primera palabra de la Regla de san Benito es: "Escucha, oh hijo, e inclina el oído de tu corazón..." Una buena parte del Prólogo vuelve sobre este tema de la escucha... Y el mismo no implica, tanto en el Prólogo como en toda la Regla, una actitud pasiva. Al contrario, prepara todo el obrar del monje: *"acoge de grado... y cumple con eficacia..."*.

Esta es ocasión para decir que la vida contemplativa, tal como se habla de ella en la Tradición, no es del todo una vida de "los ojos en el cielo y las manos juntas"... Pues *la Palabra de Dios* que nos ha sido destinada, *es un mandamiento al que hay que obedecer, es una palabra que me invita a una conversión.* Se trata de hacer algo: A la Palabra de Dios, ciertamente la contemplo, pero no para un "farniente espiritual", es una Palabra que contemplo, que escucho con el oído de mi corazón, para asociarme a una obra de salvación, para asociarme a la vida de la Iglesia, para vivir toda mi vida de comunidad. Jamás es una palabra para mí, para mi beatitud interior espiritual. Será siempre una palabra de vida con mi comunidad, con la Iglesia.

Es una palabra también, que resuena siempre hoy. Si tenemos el oído del corazón inclinado hacia la voz de Dios, dice san Benito que esta voz divina *"clama cada día", "quotidie"*. La actualidad de la Palabra de Dios nos es así recordada fuertemente.

¿Qué nos dice esta voz de Dios? San Benito cita el Salmo: "Si oyéreis hoy su voz, no endurezáis vuestros corazones". La escucha de la Palabra supone un corazón que no sea duro, que escuche. Y si esa Palabra de Dios nos parece demasiado exigente, escuchemos nuevamente a san Benito: "¿Qué cosa más dulce para nosotros, hermanos carísimos, que esa voz del Señor que nos invita?". Habría mucho que decir acerca de ese "*quid dulcius...*", que es la secreta puerta de entrada a la vida monástica y a la vida contemplativa. No hay vida contemplativa sin la dulzura del corazón.

Terminaré citando todavía un texto de san Benito: "El Señor... espera que nosotros hemos de responder cada día con hechos —"*factis*"— a sus santos avisos". Es necesario responder con hechos. Es muy importante decirlo, sobre todo hoy, en que se quiere conciliar oración y vida.

Al pedir al monje que sea el hombre de la escucha de la Palabra de Dios, san Benito no es sino un eco de la Tradición, está fundido totalmente en la tradición monástica, y no es sino un eco de la Escritura. Habría que hacer toda una conferencia sobre *La escucha en la Escritura*. Es un término que vuelve constantemente.

"Escucha Israel, el Señor tu Dios...". Vuelve como un refrán: Cuando el Señor da su Ley a Moisés, no le dice de golpe: "Amarás al Señor tu Dios...", comienza por decirle: "Escucha Israel... amarás..." Tengo la impresión de que el tema de la escucha es más fundamental aún que el de la ley...

Nuevo paso, si puedo hablar así; *hay un tema muy próximo a este de la escucha, es el del olvido o del recuerdo*. (Creo indispensable estas aproximaciones de la *lectio divina*). Si se le exige continuamente a Israel que escuche a su Señor, también se le reprocha continuamente que olvide a su Señor. Israel es un pueblo que no tiene un corazón fiel, es un pueblo que olvida... No escucha y olvida. Es un mismo pecado. Y si releéis la confesión de los pecados en el capítulo 3 de Baruc, volveréis a encontrar estos dos temas constantemente mezclados. Ellos no han escuchado y han olvidado.

Este tema del olvido en la Tradición monástica es verdaderamente fundamental y está ligado al tema complementario de la escucha.

He comprendido después de mucho tiempo ese pasaje del capítulo 7 de la Regla de san Benito: "huya echarlo jamás en olvido...". No veía muy bien lo que esto significaba. Lo he comprendido con referencia a la Escritura. El monje que olvida, abre la puerta de su corazón a todos los pecados. Y olvida cuando su corazón es invadido por los pensamientos, las distracciones, las pasiones. Olvida a su Señor, mientras que si tuviera el corazón fiel, se acordaría, guardaría memoria... Y pienso aquí en el Evangelio de Lucas: "María guardaba todas estas cosas en su corazón..." Guardar, acordarse, hacer memoria es lo que se opone al olvido de Dios, y el olvido es el pecado fundamental de Israel. Voy a leeros un texto de Diadoco de Fotice, un autor del siglo V, traducido en la colección "Sources Chrétiennes": "La vista, el gusto y los demás sentidos relajan la memoria del corazón. Nuestra madre Eva nos lo enseña. Mientras ella no miró con complacencia el árbol del mandato, guardó cuidadosamente el recuerdo del precepto divino". Mientras se guarda el recuerdo, mientras se hace memoria, no hay pecado. Luego, hubo ese primer pecado y el texto continúa: "He ahí que al intelecto humano le cuesta recordar a Dios y todos sus mandamientos. En cuanto a nosotros, no cesemos de fijar nuestros ojos en el abismo del corazón, en un recuerdo incansante de Dios."

Este tema del recuerdo de Dios está, pues, ligado al del corazón, al de la ha-

bitación del corazón, y ligado también a la oración de Jesús, igualmente muy tradicional.

Entonces, ¿qué será la lectio divina? Se situará muy precisamente ahí donde el monje quiere escuchar a Dios y guardar en su corazón el recuerdo de su Señor: este es el fin de la lectio divina.

No sé si soy original al decir esto; no he leído todo lo que se ha escrito sobre la *lectio divina*, pero muy raramente he encontrado a la *lectio divina* presentada de esta manera: es decir, *relacionada con el memorial del Señor*. Si esto existe en otra parte, tanto mejor. Me parece un punto muy interesante para hablar de la *lectio divina*.

Veréis por qué insisto en esta idea del recuerdo, del memorial, y al decir esta palabra memorial querría darle su sentido teológico.

Por supuesto, habría podido relacionar escucha, olvido, *lectio divina* a tal o cual observancia monástica como la atención, el silencio, la fidelidad... Pero prefero conservar únicamente este tema de la escucha, del recuerdo, para presentar y situar mejor, de una manera casi teológica, la *lectio divina*. A pesar de esto, quiero citaros a Jeremías que dice cosas interesantes en el cap. 25. Resume así sus veintitrés años de ministerio profético: "Desde el año trece de Josías,... hasta este día, veintitrés años hace que me es dirigida la palabra de Yahvéh, y os la he comunicado (pero no habéis oído. También os envío a Yahveh puntualmente a todos sus siervos, los profetas, y tampoco oísteis ni aplicastéis el oído), diciendo: Ea, volveos cada cual de su mal camino...".

No habéis oído. La palabra era: "Volveos...". Era una palabra de conversión.

Así presentada como *escucha* y como *recuerdo*, la *lectio divina* puede ser vista como la actividad capaz de hacer la unidad en la vida del monje. La unidad de su vida de oración personal y de oración comunitaria; e incluso, de alguna manera, la unidad de su vida. Ahora bien, tenemos gran necesidad de lograr la unidad de la vida.

Primer aspecto: Querría mirar la oración personal.

Se ha opuesto, a menudo, oración personal y oración comunitaria. Nos resulta difícil encontrar la unión entre ambas y a veces tenemos la impresión de que se insiste más sobre un aspecto o sobre el otro. ¿Cómo unificarlos? Es más un problema para el Padre Abad o el responsable que una cuestión de *lectio divina*... Pero los problemas de los responsables, a veces tienen su importancia. ¿Cómo lograr la unidad entre estas dos formas de oración? Para algunos monjes es un verdadero problema de conciencia...

La oración personal. Y bien, como todo en la vida del monje, no puede ser sino una respuesta. Es necesario que primero esté la Palabra de Dios (en sentido muy amplio) y las grandes oraciones bíblicas son todas respuestas a la Palabra. Cito sólo un ejemplo: la oración de David en 2 S 7, 18-29. Es la respuesta a la palabra de Natán. Y así toda oración bíblica es respuesta. Esta oración de David es un modelo para nuestra oración personal.

Nos invita a hacer de nuestra oración personal una respuesta. Pero esto supone que conozca la Promesa de Dios, que conozca la Palabra de Dios. La oración personal del monje, por consiguiente, no puede ser sino una oración que sigue a la escucha de la Palabra de Dios.

Un día, un hermano interroga a abba Macario, diciéndole: “¿Cuál es la obra más agradable a Dios en el asceta y abstimente?”, Macario le respondió: “Oh, bienaventurado aquél a quien se encontrare perseverante en el Nombre bendito de N.S.J.C., sin cesar y con contrición de corazón pues ciertamente no hay en toda la vida práctica obra tan agradable como este alimento bienaventurado si tu lo rumias en todo tiempo como la oveja, cuando lo atrae hacia arriba y gusta la dulzura de rumiar hasta que la cosa rumiada entra en su corazón y expande allí una dulzura y una unción buenas para su estómago y para todo su interior”.

Es un texto muy bello, puesto que creo que toda la Escritura se resume en el Nombre y en particular en el Nombre de Jesús. *Toda la Escritura es Dios que salva*. He ahí el gran mensaje de la Escritura y ese gran mensaje se resume en el Nombre —en el sentido bíblico— y por consiguiente en la Persona de Jesús.

La plegaria personal del monje consiste, pues, en “rumiar” ese nombre bendito. La lectio divina es eso.

Para los Padres, en la *lectio* se da esa ruminación. Nunca es tan sólo la lectura visual: el monje rumia la Escritura, la mastica, la habla... En la oración personal, el monje no lee solamente con los ojos eso es impensable para los antiguos. Los antiguos hablan... Quedaba algo de esto cuando antiguamente se podía decir el breviario “*labialiter*”, “con los labios”. Era un resto de antigua tradición monástica. Se “mastica” la Palabra, uno la dice con todo su ser. Esta ruminación hace que la Palabra descienda en mí y suba a mis labios y vuelva a ir a mi interior: Es necesario que la rumie hasta que entre en mi corazón; hasta que pueda guardarla, hacerla memoria. Es necesario que sea de tal manera masticada por mis labios que forme parte de mi sustancia, que devenga mi propia vida.

¿Y por qué? ¿Cuál es el término? Para que ella expanda allí una dulzura. Es necesario gustar qué suave es el Señor, qué dulce es el Señor. Nos encontramos nuevamente con el tema de la dulzura. No hay *lectio divina* sin cierta dulzura. Aquí pienso en el himno “*Jesu dulcis memoria*”. En estas tres palabras, estaría contenido casi todo lo que yo quería decirnos hoy. *Jesús*, el Nombre que condensa toda la Escritura y que es necesario que guarde en mi memoria, en “la dulzura de mi memoria”. Y porque yo habré guardado esa Palabra de Dios en mi corazón personal, porque esa Palabra será la suavidad de mi corazón, yo podré en esa oración personal, devenir “dulcemente” una alabanza de la Gloria de Dios. En la oración personal, no puedo sino unificar mi vida alrededor de la Palabra.

Vivimos en una época verdaderamente privilegiada, puesto que la Palabra de Dios se nos entrega con una riqueza y una abundancia tal vez demasiado grandes... ¡Pero cómo hay que dar gracias a Dios por vivir en una Iglesia que ha vuelto a encontrar el lugar de la Palabra! ¡Basta pensar en los numerosos permisos que hubo de solicitar Teresa del Niño Jesús para poder leer la Escritura!... Y esto no era privativo sólo del Carmelo... Era así en toda la vida religiosa, en toda la vida monástica... La Palabra de Dios estaba reservada a los protestantes. Sobre todo no había de ponérsela en manos de los novicios... Verdaderamente es menester bendecir al Señor, porque vivimos en un tiempo de gracia: formamos a nuestros jóvenes religiosos con la Palabra de Dios y ellos tienen sed de esa Palabra.

Tengo aquí un texto muy bello de Dietrich Bonhoeffer —un hombre que un día descubrió la Palabra—. Les leo el final: “Si soy yo quien determino el lugar donde Dios debe ser encontrado, en ese caso, encontraré siempre a un Dios que

me corresponde de alguna manera, un Dios servicial acorde con mi propia naturaleza. Pero si es Dios quien determina el lugar adonde ha de ser encontrado, en ese caso, será un lugar que no es inmediatamente agradable a la naturaleza, que no está para nada acorde conmigo. Este lugar es la Cruz de Cristo y cualquiera que quiera encontrarlo debe ir al pie de la Cruz, como lo exige el Sermón de la Montaña. Esto no va, de ninguna manera, en el sentido de nuestra naturaleza, más aún, es totalmente opuesto a ella. Pero ése es el mensaje de la Biblia, no sólo en el Nuevo Testamento sino también en el Antiguo Testamento. Y ahora quisiera hacer os una confesión personal: desde que aprendí la Biblia de esa manera, como ese lugar que Dios me da para encontrarlo, se hace cada vez más maravillosa. La leo mañana y tarde, a menudo durante la jornada y cada día medito un texto que he elegido para la semana y trato de hundirme en él profundamente, de manera de escuchar verdaderamente lo que dice. Yo sé que sin esto ya no podría vivir de verdad y, con toda seguridad, ya no podría creer...”

He aquí lo que es la *lectio divina*... Es escuchar verdaderamente, hundirse profundamente, es vivir, es creer... ¡es intraducible!

Y es esa *lectio* la que constituirá el corazón de mi oración personal.

La oración litúrgica

También creo que la *lectio* está en el corazón de la oración litúrgica puesto que el Oficio no es otra cosa que una celebración de la Palabra de Dios. Es necesario decir esto con fuerza. Casi me atrevería a decir que lo habíamos olvidado, pues en nuestros antiguos breviarios monásticos, en nuestros oficios mayores de Laudes y de Vísperas, no teníamos más que una pequeña capítulo de dos versículos que se repetía a lo largo del año... todos los días la misma. Había una especial para el Adviento, una para la Cuaresma, una para el tiempo pascual, una para el tiempo ordinario... Era la pérdida completa de toda una Tradición. Cuando uno piensa que el Oficio es una celebración de la Palabra de Dios y que había sólo dos versículos en los oficios mayores ¡Es impensable!

Repitémoslo mucho que el Oficio es la celebración de la Palabra de Dios y que el canto de los Salmos en la Tradición litúrgica no es más que una preparación a la escucha de la Palabra de Dios. Es preparar nuestros corazones, con la Palabra de Dios, a una escucha fructífera de la Palabra.

Hablaré nuevamente de la liturgia en la segunda parte; aquí querría simplemente indicar una pequeña cosa que me parece importante: habría que hacer una reflexión teológica sobre la oración de bendición en la Sagrada Escritura y sobre su relación con la *lectio divina*.

La primera oración de bendición la encontramos en el Génesis, cuando el servidor de Abraham encuentra a Rebeca. ¿Qué pasa entonces? Abraham envía a su servidor a buscar una mujer para su hijo. El servidor no sabe muy bien cómo encontrarla... Parte... en la Biblia siempre es así... es magnífico... se parte a la aventura, pero se parte... En la vida monástica también es un poco así: se parte a la aventura con la Palabra de Dios. ¡Y tiene que ser una aventura! Sin esto no hay ningún encanto... Sin riesgo, la vida es monótona. Ahora bien, la Palabra de Dios es siempre la Palabra que nos hace arriesgar toda nuestra vida e incluso, además, nuestra eternidad. Abraham partió por una palabra de Dios... No sabía muy bien adonde iba... El servidor parte con la palabra de su amo Abraham, y cuando la mira en la Fe, esa palabra,

como es una palabra situada en pleno centro de la Historia santa, tiene también el valor de Palabra de Dios; y el servidor parte...

Pero, ¿cómo encontrar a la joven de la familia de Abraham destinada por Dios a ser la esposa de Isaac? Entonces hace esta plegaria al Señor: "Señor, que la primera muchacha que encuentre y que dé de beber a mis camellos, sea aquélla que tú destinas para esposa de mi amo". Ahora bien, cuando llega al pozo, la primera muchacha es justamente aquélla, es Rebeca... ¿Qué hace entonces el servidor? Toma conciencia de que acaba de vivir un gesto maravilloso de la misericordia de Dios. ¡Es Dios quien le ha hecho encontrar a esa muchacha, es Dios, siempre primero! El se prosterna (cosa que nosotros ya no sabemos hacer) y adora... porque en esa joven que encuentra, es al Señor en su bondad que encuentra, al Señor que salva, que hace misericordia a sus amigos. Y él se levanta diciendo: "¡Bendito seas Señor!..." Bendice a su Señor.

Toda la oración de la Biblia es oración de bendición. Os remito al pequeño libro de Tobías que es una serie de oraciones de bendición. Se bendice al Señor en la Biblia... Cuando David logra su victoria contra sus enemigos, o cuando Abigail le impide vengarse... grita: "¡Bendito seas, Señor!"

Esto es lo que quiero decir cuando digo que la vida contemplativa es una vida de alabanza.

Esa oración personal que es oración de bendición, supone en el hombre de la Biblia un encuentro con el acontecimiento maravilloso. Para nosotros, surgirá de la lectura de la Palabra de Dios.

Pero esta oración de bendición que en la Escritura es la forma personal de la oración, también es la forma colectiva de la oración. Y aquí quiero mostrar la relación entre oración personal y oración comunitaria en la Escritura. Es que ambas son oraciones de bendición.

Pero en la oración colectiva, salvo en muy raras ocasiones, (por ejemplo en la travesía del Mar Rojo), la comunidad que ora no es el testigo directo del acontecimiento maravilloso. En la oración colectiva, se hace en cambio memoria de la misericordia de Dios, se recuerda la misericordia de un Dios que ha salvado a su pueblo, que le ha hecho atravesar el Mar Rojo, que lo ha guiado a través del desierto, que lo ha hecho entrar en la tierra prometida, que lo ha llamado del exilio, etc... y todo esto a pesar de sus infidelidades. Se hace memoria de las bondades de Dios. Este es el motivo de la bendición: que Dios ha sido fiel, maravilloso. La oración de bendición, que es una oración de alabanza, se apoya en el recuerdo de las bondades de Dios.

Ahora bien, ¿qué hacemos en la Eucaristía? (Digo esto demasiado rápidamente) ¿Qué es la Eucaristía? Es la oración de bendición por excelencia. Se hace memoria del Señor Jesús. "Haced esto en memoria mía". Es el memorial del Señor.

Ahora bien, la Eucaristía es una oración de bendición comunitaria, y es el modelo de toda oración. De ahí el lugar tan importante de la Palabra de Dios en la celebración eucarística. Es que la Palabra de Dios vuelve a hacer presente este recuerdo, este memorial. Por la Palabra de Dios uno debe saber por qué se bendice al Señor.

Este lugar importante del recuerdo, del memorial, tanto en la oración personal como en la comunitaria, nos hace aprehender el fin de la *lectio*: proporcionar un alimento tanto a la oración personal como a la comunitaria.

Tanto en la plegaria personal como en la comunitaria, el memorial es indis-

pensable... La *lectio divina* que brotará como una bendición por lo que se acaba de leer, de ver...nutrirá a ambas.

Agregaría todavía lo siguiente: en la liturgia, se trate del Oficio o de la Eucaristía, la celebración de la Palabra se hace en *la Iglesia*. Es el lugar privilegiado para la escucha de la Palabra de Dios. En la Liturgia escuchamos la Palabra de Dios, pero una Palabra que es proclamada en la Iglesia. También en esto es necesario dar gracias al Concilio y a la reforma litúrgica que siguió, ya que si tuviéramos que leer esta palabra en latín... no entenderíamos mucho.

Esta *lectio divina*, en la Tradición monástica, creo que hace también *la unidad de la vida del monje*. Es necesario que el monje (y si no es monje y no se lo acepta en el monasterio) haya aprendido de memoria la Palabra de Dios. De memoria, "con su corazón". Si la sabe de memoria, podrá repetírsela a sí mismo. En el monacato pacomiano, el monje debe repetirse sin cesar la Palabra de Dios. Debe decirla cuando va de su celda a la iglesia y de la iglesia a su celda... Cuando sirve a sus hermanos en el refectorio también ha de repetírsela. Pacomio insiste mucho en este "repetirse siempre la Palabra...". Y esto es posible porque el monje ha hecho su *lectio divina*. Tiene de tal manera rumiada la Palabra, que esa Palabra se ha convertido en algo interior para él, y subirá a sus labios un poco por todos lados... y repetirá los versículos de la Escritura... Esto es lo que hará la unidad de su vida.

También la unidad de su vida cuando se dirija a su Padre espiritual: "Padre, ¿qué debo hacer para salvarme?" Le pide una palabra de salvación. ¿Pero qué palabra de salvación no es una palabra de Dios? La misión del Padre espiritual y la nuestra, ya que tenemos una misión en nuestra comunidad, es la de dar la palabra de Dios. Es por eso que san Benito pide al Padre Abad que sea "*doctus in lege divina*", para que sepa qué responder. Dirigirse a su Padre espiritual es, para el monje, otra manera de hacer la *lectio divina*. En lugar de recibirla de la Escritura, la recibe de labios del Padre espiritual. Pero esto supone que el Padre espiritual deja subir a sus labios la Palabra de Dios que él ha rumiado en su corazón y que entregará a aquél que Dios le ha confiado. En la Fe, el monje no debe esperar del Padre espiritual más que esa palabra de Dios que nos llama a la conversión.

Es todo en lo que se refiere a la primera parte de mi conferencia.

No he querido hablaros como especialista de la *lectio divina* sino despejar algunas pistas alrededor de este tema de la escucha o del recuerdo.

- La *lectio* se sitúa en la línea de la escucha. Se trata de escuchar para vivir.
- Lo que los Padres quieren dar al monje es un corazón que escuche. Un corazón capaz de guardar la Palabra de Dios, de gustar su dulzura.
- La *lectio* abre al monje a la oración de bendición personal o comunitaria y unifica su vida.
- En el corazón de toda vida monástica está la Palabra de Dios, escuchada, masticada, saboreada.

II

¿Por qué he titulado mi conferencia: "Restauración de la lectio divina"?

Restauración: porque me parece que todo lo que acabo de decir es algo que es-

tamos tratando de volver a encontrar.

En primer lugar, gracias a la importancia que toma la Palabra de Dios actualmente en la Iglesia.

¡ También gracias a las publicaciones de estos veinte o treinta últimos años. (Colección “*Sources Chrétiennes*”, todas las colecciones de espiritualidad monástica...).

Porque la *lectio divina* prácticamente había desaparecido de nuestra vida. La liturgia ocupaba un gran lugar. También hemos reencontrado el lugar del trabajo... Pero mientras que san Benito dividía la jornada del monje en tres partes iguales, la *lectio* se había convertido en el “pariente pobre” de la jornada del monje. Es necesario decirlo sin ser agresivos. Es lo que ha hecho que se defina al monje por la liturgia.

Ahora bien, la liturgia no es lo propio del monje. No es nuestra. Es la liturgia de la Iglesia. Por lo cual, quienes están presentes en nuestras iglesias tienen un derecho, estricto, en tanto cristianos, de participar en nuestras liturgias.

Nosotros somos, comunidad orante, comunidad contemplativa, solamente al servicio de esa liturgia.

Luego, podemos hablar de restauración de la *lectio divina*.

Punto de interrogación... ¿Por qué?

Porque tengo temor a las restauraciones... Después de haber olvidado la *lectio divina* ¿qué debemos hacer hoy? No lo sé muy bien... y no pretendo aportar soluciones.

Simplemente querría decir: atención con las restauraciones... desconfiemos de los “neo” que pretendan ser pura repetición del pasado.

La fidelidad a una tradición espiritual, como la fidelidad a la Iglesia, jamás consiste en repetir lo ya hecho. Ni siquiera en repetir los momentos privilegiados, sea de la vida de la Iglesia, sea de nuestro propio Instituto... La fidelidad a la Tradición no es repetición. Debemos vivir la Tradición, pero no repetirla.

Voy a abordar ahora ciertos puntos que me parecen ligados a la *lectio divina* y que, a la vez, me parecen de actualidad.

LA LITURGIA

El lugar privilegiado de la escucha de la Palabra de Dios, os lo decía hace poco, es la liturgia. Es el primer punto del cual querría hablar. Lo repito porque me parece importante. El oficio es una celebración de la Palabra de Dios. Es necesario por consiguiente que se dé en nuestros oficios lugar a la Palabra de Dios. También, yo estoy en contra de las “capitulas” de algunos versículos, salvo en los oficios menores.

El Concilio nos ha recordado que es la comunidad quien celebra. Una comunidad debe vivir, pues, de la Palabra hecha para ella. Cada comunidad tiene su rostro y en consecuencia debe poder encontrar el lugar de la Palabra que le está especialmente destinada. Es importante que la Comunidad pueda organizar por sí misma su oración, en la fidelidad a la Iglesia.

EQUILIBRIO DE UNA JORNADA MONASTICA

La Regla de san Benito concede tiempos iguales a la *lectio*, al trabajo, a la oración común. Ahora bien, este equilibrio se ha roto. Es menester reencontrarlo, pero puede ser que se opere de manera diferente.

Se ha insistido mucho estos últimos años en el lugar del trabajo. Y es muy importante en una civilización técnica... Hemos restablecido en su lugar un verdadero trabajo. Por razón de la dignidad, desde luego. También por la exigencia de ganar el pan, es necesario decirlo. Pero es muy difícil vivir ganándose la vida. La vida es dura y uno no puede vivir, trabajando dos horas por día. Es necesario sentir que aquí hay algo que es muy difícil,... con el peligro del activismo, etc...

Y sin embargo, es preciso que nosotros, contemplativos, volvamos a encontrar a pesar del trabajo, el lugar del ocio en nuestras comunidades. Al decir esto, no os escandalizaré, puesto que en la espiritualidad monástica siempre fue cuestión del "*otium monasticum*". Había un lugar para el ocio monástico. Es menester que volvamos a encontrar un lugar para ese ocio, puesto que avanzamos hacia una civilización del ocio. Y en ese ocio, tendrá su parte el relax humano indispensable para las psicologías un poco más frágiles; pero la *lectio* estará completamente en su lugar en él.

El ocio es importante en la vida del monje. Puede permitirle descubrir muchas cosas. No hay verdadero encuentro sin ocio. Dos seres que se aman, se encuentran en un tiempo de ocio, y si nosotros amamos al Señor...

Es necesario ser capaces de adquirir eso que Pierre Emmanuel llama "un ser de ocio". Es una expresión que me parece fácil de "monastizar" pues el monje es un ser de ocio para Dios. Nuestra vida ha de ser gratitud para Dios.

Sin ocio, no hay ritmo del tiempo... todo pasa... El ocio es el que ritma el tiempo. Y la Iglesia lo sabe bien, ya que está sensibilizándose por una pastoral de los ocios. En la línea de esta pastoral hemos abierto el monasterio a las jornadas de ocios espirituales. Y bien, durante estas jornadas la gente es de una receptividad extraordinaria.

Nuestra sociedad, ¿no tendrá acaso un día u otro necesidad de casas de ocios espirituales? ¿No deberemos tal vez encontrar un nuevo arte de vivir, en el que el ocio espiritual tenga su lugar? ¿No tendrán tal vez los contemplativos la misión de saber dar al mundo de hoy el sentido del ocio?

Se dice que los monjes evangelizaron Europa. Esto es verdad. Nosotros no evangelizaremos hoy ni por medio del trabajo, ni por medio de la cultura (ya no nos pertenece) pero me pregunto si no habrá que asumir el papel de evangelizar el ocio del mundo. Planteo la cuestión. Si no estamos atentos a esto, los ocios espirituales van a crearse fuera de la vida contemplativa y es una lástima.

(Los superiores deberían leer el libro de P. Emmanuel: La revolución paralela).

LA MENTALIDAD ACTUAL COMUNITARIA

El tercer punto del cual querría hablar es que la mentalidad actual es muy comunitaria, y al decir esto la alabo un poco. Debería decir "colectiva". Los jóvenes que llegan a nosotros tienen un espíritu fácilmente colectivo, pero que también

puede muy fácilmente volverse comunitaria..

Con respecto a la *lectio divina*, creo que ella, realizada de manera solitaria debe permanecer. Porque es necesario que los monjes, que los contemplativos aprendan a permanecer solos, a vivir solos, a meditar solos... No hay contemplación sin soledad. Esto podrá costar mucho a los jóvenes pero es menester formarlos en esa soledad ya que sin ella no se logrará jamás que sean contemplativos.

Pero por otro lado hay que tener en cuenta su sensibilidad y hay que encontrar ciertamente modos comunitarios para la *lectio divina*. Que no se levante los brazos al cielo diciendo: "Esto no es tradicional". No estoy tan seguro. En el monacato pacomiano, que es pre-benedictino, los monjes hablan todas las noches entre ellos de la Palabra de Dios. Actualmente las sesiones en que se comparte el Evangelio pueden muy bien ayudarnos a reencontrar esa tradición común de la *lectio*, aún para los solitarios.

Y el hecho de que los hombres y las mujeres que gustan de la Palabra de Dios, puedan también compartirla, no tiene nada de herético.

Será siempre un problema delicado conciliar comunión y soledad, pero ambos se necesitan. No hay soledad sin comunión. Está en nosotros encontrar en nuestras comunidades, en función de nuestras espiritualidades, ese equilibrio indispensable entre soledad y comunión, también al servicio de la *lectio divina*.

LA VIDA INTELECTUAL DE NUESTRAS COMUNIDADES

Lectio divina y vida intelectual están muy ligadas. Este es un punto importante. Que la *lectio* se haga con la Escritura que es el texto privilegiado para la *lectio divina*, o con los Padres que nos remiten a ella. Es posible que haya que explotar todavía más el texto conciliar "*Dei Verbum*". El P. Congar decía recientemente que ese texto todavía no había sido suficientemente explotado...

Quiero decir acá que no se puede, sin peligro, abstraerse de las investigaciones exegéticas y teológicas del propio tiempo.

En el campo de la exégesis, estos últimos años ha habido un trabajo considerable, discutible en algunas de sus publicaciones, pero de todas maneras sería una lástima que todo ese trabajo exegético no llegue a nosotros de alguna manera. Tanto más cuanto que hoy existe una mentalidad nueva para abordar la Escritura y al no ser sensible a esa mentalidad, según mi opinión, correríamos el riesgo de condenar nuestro esfuerzo de *lectio divina* a no ser sino una restauración.

Un ejemplo: leo un texto que es un poco el liminar del último número de las investigaciones de ciencias religiosas.

"La exégesis de los primeros siglos, es decir la de los Padres, había acostumbrado a pastores y teólogos a leer el A.T. a la luz del Nuevo, a reescribirlo en alguna medida en la novedad del Evangelio, partiendo del presupuesto, desarrollado por Orígenes, de que el Salvador ha hecho, por medio del Evangelio, de todo, como un Evangelio y que ha hecho brillar la novedad propia de la Nueva Alianza la que ya había sido depositada en todas las Escrituras... "Por consiguiente los Padres miran el A.T. como si fuera el Nuevo. Y Abraham es una figura de J.C., es J.C. No es falso, pero de todos modos hoy existe una mentalidad nueva. Continúo: "Sacando las consecuencias metodológicas del principio recordado por los Padres, de que J.C. ha nacido judío, la exégesis contemporánea, a la inversa, ha aprendido a interpretar el N.

Testamento desde el punto de vista de sus orígenes judíos, con todo el peso de su pasado, en la línea de las mentalidades y de las representaciones que se expresan en las antiguas Escrituras. No es dudoso que estos métodos hayan renovado profundamente nuestro conocimiento de los Evangelios...”

Es decir que hoy no se mira el A.T. como si ya fuera el Evangelio sino que se mira el N.T. en la continuidad del Antiguo.

Todo se ha invertido. Ahora bien, vosotros sabéis que la mentalidad, la sensibilidad intelectual con la que se aborda un texto, aunque sea la Escritura, cambia netamente los frutos de esa lectura.

... Cuando yo hablaba hace un rato de la oración de bendición diciendo que esta oración era bíblica, quería decir que esta oración era judía. Tenemos así dos oraciones del Señor Jesús: en Mt 11:25, en Jn 11,41. Cuando el Señor ora, bendice al Padre. Retoma la bendición judía y esa bendición deviene cristiana puesto que bendice al Padre.

Si nosotros queremos dar a la Palabra de Dios un gran lugar en nuestra vida, es importante que estemos sensibilizados a toda esta investigación contemporánea. Si no se retomará una *lectio divina* con estilo antiguo, con la mentalidad antigua, con la antigua sensibilidad, lo que no será sino una restauración. La cual nos separará de la vida de la Iglesia de hoy.

Seguramente que la exégesis tiene sus límites... no podemos ignorarlos. Es lo que plantea la cuestión de la formación de nuestras comunidades de hermanos y hermanas, que podrán ayudarnos, hoy, a vivir la Escritura sin separarnos de las investigaciones de la Iglesia.

Actualmente se habla mucho de estructuralismo. No soy competente, pero creo que se dará bastante rápidamente la separación entre el análisis estructural como método de trabajo y el estructuralismo en cuanto implica una filosofía. Pienso que el análisis estructural dará nuevas luces sobre la Escritura y que no podemos vivir de la Palabra de Dios sin aprovechar el análisis estructural. Hay allí algo que se busca (ver trabajos como los de Delorme). No hay que cerrar la puerta.

Si la exégesis histórico-crítica ha renovado nuestra lectura de la Escritura, no quiere decir que esté terminada... Menester es tener las puertas abiertas a otras investigaciones.

Siempre en este campo de la formación intelectual, me parece muy importante para la *lectio divina* conceder un lugar a las investigaciones teológicas actuales. No se puede disociarla de las corrientes actuales del pensamiento en la Iglesia, (Señalo en este caso esa colección que se llama: "*Lectio divina*").

Destaco tan sólo un punto: En la tradición espiritual monástica, la tradición del retorno al Paraíso. El monje es aquél que entra en ese paraíso nuevo que es el monasterio. Pero hoy, en la teología, todo ese mundo del paraíso, del pecado original está seriamente repensado. Se está descubriendo el lugar del mito, el lugar del símbolo en la reflexión religiosa. Pero si los teólogos reflexionan así sobre el paraíso, sobre el pecado original, bajo el ángulo de búsqueda del símbolo y del mito, prestemos pues atención a no formar a nuestros jóvenes religiosos en esa espiritualidad de "retorno al paraíso", pura y simplemente. Puede ser, que se trate de una lectura muy ingenua del Génesis.

Pienso que Vergotte realizó un trabajo muy serio en este campo. Su libro "La interpretación del lenguaje religioso" es un poco duro pero encierra cosas muy ilu-

minadoras. Un libro como este podría evitar que seamos demasiado ingenuos en nuestras conferencias espirituales. Nosotros no tenemos que ser especialistas, pero es necesario que sintamos ciertas cosas.

Os digo esto para mostraros que el trabajo bíblico, que el trabajo teológico actuales, están en relación con la *lectio divina* y que no podemos separarnos de esta investigación actual.

LA CATEQUESIS

Otro punto del que quiero decir una palabra. En la Tradición, jamás la Palabra de Dios se ha dado tal cual, sino acompañada siempre de una catequesis. Y la catequesis, en la Tradición monástica está reservada al Superior.

En el monacato pacomiano, todas las semanas, hay dos conferencias espirituales dadas por el superior de cada casa. Más otra dada por el Padre del monasterio. En consecuencia, tres catequesis por semana.

Leyendo ciertos textos aparece claro, que Pacomio en su propio monasterio, daba él mismo una catequesis todas las noches y que después de ella los monjes hablaban entre sí y también que algunos superiores de otros monasterios no muy alejados, venían a escuchar a Pacomio, que era verdaderamente el Padre espiritual. Luego, volvían a dar en su monasterio lo esencial de su catequesis.

Si queremos volver a dar su lugar a la *lectio divina* en nuestras comunidades, no podemos haber economía de la catequesis. Pero si la catequesis es una cuestión delicada en la Iglesia actual, si los obispos han hablado de ella en Lourdes, seríamos ingenuos o pretensiosos al atribuirnos con demasiada facilidad competencia en este campo. Tendríamos suerte si pudiéramos sortear las dificultades de la Iglesia de hoy. Según mi criterio, sería una ilusión. Luego, si tenemos que hacer una catequesis, debemos estar en comunión con la Iglesia de hoy y con sus dificultades... De lo contrario sería decir que nuestros religiosos son especie rara, totalmente independientes del espíritu de su época, de las dificultades de su época y de las sensibilidades de su época. Es una ilusión.

Una *lectio divina* que quisiera hacer abstracción de todo esto sería una piadosa restauración, llena de buenas intenciones, pero inútil y sin valor.

Por lo tanto, si es difícil para los pastores actualmente (pienso en los obispos) encontrar un lenguaje coherente y articulado para decir el contenido de la Palabra de Dios y de la Fe, y bien, nosotros tendremos exactamente las mismas dificultades. Es difícil decir la Fe... Los obispos buscan, reflexionan, tienen a los teólogos. No veo por qué nosotros hemos de tener más facilidad que ellos. Para subrayar bien la importancia del trabajo teológico en nuestras comunidades y también para nosotros mismos, voy a leeros un texto de Thomas Merton en su último libro: "Retorno al silencio":

"La falta de conocimientos teológicos, la ignorancia de las verdaderas riquezas de la tradición cristiana y de la sabiduría de la Iglesia, han llevado a los contemplativos a una miopía acerca de su vocación, una visión casi materialista (insistencia sobre las rejas, los muros, los velos, el retiro, el mutismo) y esa misma ignorancia puede muy bien llevarlos al extremo contrario. Algunos parecen creer que, al abandonar su velo, al pasar su tiempo charlando con todos, mezclándose en toda clase de

... trabajos activos oficiales justifican su existencia a los ojos del mundo...
Yo creo que la teología es muy importante para toda nuestra vida monástica, y no únicamente para la *lectio divina*. Debemos ser muy atentos en la actualidad. No digo que sea necesario adherir a una lectura materialista del Evangelio. De ningún modo... Pero no tenemos derecho a vivir fuera de las investigaciones de nuestro tiempo.

LECTIO DIVINA Y ANTROPOLOGIA

Casi todos los autores monásticos han escrito un "*de anima*"... Frente a la Escritura, no soy cualquier hombre, sino que soy "el hombre del siglo XX" y no veo por qué nuestros hermanos y hermanas serían ; por un privilegio excepcional, seres del siglo XVIII o del siglo XIX. La manera en que voy a vivir la Palabra de Dios hoy, y con que nosotros, superiores, tenemos que decir y dar la Palabra no puede separarse de un *sentido del hombre, hoy*. No es posible. Existe en la actualidad una concepción del hombre que hay que tener en cuenta, investigaciones acerca del hombre de las que no podemos prescindir.

No digo que sea necesario caer en brazos de todos los psiquiatras y de todos los psicólogos, ni tampoco enviarles a todo el mundo... No es en absoluto lo que quiero decir. Pero hay actualmente una antropología que no es más la de la Edad Media. No puedo ignorarlo. También en esto os remito a Thomas Merton que tiene páginas sabrosas...

Todo esto son problemas para mí. Me siento tocado por ellos porque en cuanto Padre Abad no doy la Palabra de Dios a momias sino a hombres muy concretos, que son de hoy y que tienen una sensibilidad muy diferente a la de nuestros ancianos. E incluso, en nuestras comunidades, los ancianos son en su mayoría hombres del siglo XX.

EL ATEISMO CONTEMPORANEO

Otro contexto del que no podemos abstraernos, es aquel mucho más general del ateísmo contemporáneo. Para los Antiguos, para los Padres, el problema de Dios no se plantea; viven en un mundo religioso. Ahora bien, nuestro mundo, lo queramos o no, ya no es más religioso. Sigue siendo religioso en el sentido que la carrera por la droga, etc. manifiesta que el hombre tiene necesidad de religión... pero se adoran los ídolos de hoy. Ya no es más a Dios a quien se adora. Vivimos en un mundo que tiene necesidad de religión, que tiene un montón de religiones pero que no es religioso. De nuevo les leo un texto de Thomas Merton:

"Hoy, el testimonio de los contemplativos, apropiado a un género de cultura diferente, particularmente irreligioso, ha tomado un sentido diferente. Hoy debemos aprender a distinguir entre religiosidad y calidad de Discípulo de Cristo. La religión formaba parte esencial de la cultura medieval. La irreligión forma parte esencial de la cultura moderna. En consecuencia, la vida contemplativa debe ser comprendida no como un conjunto de observancias religiosas que adapta las actitudes más devotas de una sociedad pasada, sino como una experiencia y un testimonio viviente. La ausencia de religión nos condena a un equilibrio de discípulo de Cristo, a una autenticidad de vida cristiana".

Todo este contexto a-religioso en el cual vivimos condiciona la palabra de Dios. Esa Palabra ya no cae más hoy en un mundo creyente. Y actualmente nuestros jóvenes tienen dificultades a nivel de la Fe, y no a nivel de tal o cual observancia. No por esto son peores. Pero están atravesados por el ateísmo contemporáneo, han nacido en él... Y si nos preguntamos hoy si los sacramentos son necesarios todavía, los jóvenes son los portadores de esos problemas.

Os remito a una muy bella conferencia que los P.P. Abades franceses habían pedido en 1973, con ocasión de su reunión anual, a M. René Habachi, (Libanés) que es en la U.N.E.S.C.O. director departamental de Filosofía. El nos ha hecho un panorama de la cultura contemporánea absolutamente magistral. Esta conferencia ha sido publicada en los "Collectanea" (revista de los Padres Cistercienses), con el título "Panorama de la filosofía contemporánea". Pero es evidente que al dar un panorama de la filosofía contemporánea lo da del mundo contemporáneo, puesto que el mundo está siempre impregnado de filosofía y si se quiere estar en onda con el mundo es mejor estudiar los filósofos que leer los diarios... con lo que se llega a otro problema en la formación monástica.

LECTIO DIVINA Y EVANGELIZACIÓN

Un último punto.

La evangelización ha sido el tema del último sínodo. Y en el último sínodo, la vida contemplativa ha sido a menudo nombrada. Nuestro Padre Abad Primado que estaba presente, nos había entusiasmado mucho a preparar este sínodo y nos lo ha comentado mucho luego. Pues si la evangelización es una Misión de Iglesia, no veo por qué nosotros debemos quedar afuera...

¿No tenemos nosotros un papel, en cuanto contemplativos en el interior de esa misión de evangelización que consistiría en dar la Palabra de Dios?

¿No tendrán nuestras comunidades contemplativas, que tienen que hacer un generoso lugar a la "lectio" de la Palabra de Dios, que volver a darla a los que llegan hasta nosotros en busca de un sentido a su vida?

Creo que es necesario formar a algunos de nuestros religiosos, tanto por sus cualidades espirituales como por sus cualidades intelectuales, para que sean capaces de volver a dar la Palabra de Dios que habrán gustado en su vida. Pero esos religiosos o esas religiosas (puede darse ahí un verdadero ministerio) que lo hagan, no como Hermano "tal" o Hermana "cual", sino como miembros de una comunidad centrada en la Palabra de Dios y en una Regla contemplativa. Que sepan dar la Palabra de Dios, que es la vida de su comunidad y también la suya. Esos "misioneros", esos contemplativos al servicio de la evangelización, pero en tanto contemplativos, que estén bien "en comunión" con su comunidad contemplativa, que quiere, en cuanto tal, gustar la Palabra.

Traducción del francés por

Ana Rosa Andriilli, osb - Monasterio Gaudium Mariae

*Abbaye de Landévennec
F-29127 - Plomodiern - Francia*

Jean DE LA CROIX, osb